

EL OLOR DE LA INOCENCIA

Olney Enzo Goin del Río

Era agradable pasear por aquel campo de alcanfores y lirios, oler su olor a vainilla, a lavanda y beber entera su sonrisa de mujer añeja. Josephine. Tarareo aquella canción; su cuerpo ahumado por el sol danza en mi ajada memoria que ya solo recopila siluetas vagas y entonces, una reminiscencia de dolor se acopla insidiosa a la nostalgia de su andar y suprimo el canto.

Habíamos comprado la casa con esfuerzo y robusta determinación. Era nuestro sueño —o acaso el mío— vivir en el campo, alejados de la horda inclemente de deshumanizados que arremeten a bocinazos contra quien se atreve a respetar las normas de velocidad, alejados del humo y las luces epilépticas. Valdrían la pena los incontables días de ahorro, la renuncia al teatro, a comer en el Costa Verde, las propinas austeras —si es que acaso había— y el frugal mercado del fin de semana. Después de todo, teníamos un plan.

Tardamos más de lo esperado. El tiempo arrastró su indefectible inclemencia sobre ella hasta que, en una fría mañana, le despertó un dolor punzante a la cadera. A la semana, el doctor: artrosis. Al mes ya sabíamos todo sobre su dolencia y nos confortamos con saber que se podía llevar un estilo de vida, entre comillas, normal. Un matrimonio de paliativos químicos con algunos hábitos, como dormir boca arriba, le ayudarían a sobrellevar el problema sin mayor suplicio.

Cuando por fin completamos la transacción con los Pérez del Solar —amigos nuestros que se suponía nos venderían la propiedad exenta de problemas legales y a un precio justo— nos

mudamos casi en el acto. Seríamos felices, íbamos a vivir nuestra jubilación en la quietud de la campiña y con un excedente de dinero nada despreciable tras la compra. Ese mismo día, es decir, el de la mudanza, me tomé la libertad de ir a comprarle los zapatos rojos de charol que ella viese con infantil fascinación tras la vitrina del Cardino y un exquisito Bulgari, esencia de vainilla. Ella se había alejado de la ventana, como halada de un vórtice mental, y respondido que no a mi pregunta de si le gustaban los zapatos. Más tarde, bajo un manto de estrellas propio de la oscuridad campestre, su rostro descubriría su mentira y justificaría mi acción cuando abrió la envoltura dorada donde reposaban sensuales para ella. En cuanto al perfume, intuyo que no fue de su total agrado, pero lo usaba siempre para mí y eso, en cierta forma, la hacía feliz.

La cena de esa primera noche fue romántica, su cuerpo se desnudó de la artrosis y yo la conocí nuevamente como aquella muchacha soñadora, de ojillos pícaros. Se veía hermosa; flotando sus zapatos, recogidos sus cabellos sobre la sien con gancho de plata fina que fuese alguna vez de su abuela. La vainilla me sedujo como polen a la abeja y no dudé en besar su flor de cuello. Ambos sonreímos. Éramos viejos ya, pero nuestro sueño apenas veía la luz, empezaba a reconocer siluetas.

Nos despertábamos con el rumor del viento que espiaba tras las bambalinas de nuestras persianas, con el piar de las aves o por el simple hábito que comanda los cuerpos cuando se alejan de la agitada e insomne ciudad. Pronto, mi Josephine empezó a levantarse de la cama antes que yo. Ella, poseedora de un cerebro barbitúrico capaz de engañar al mismísimo Morfeo, cesó su acostumbrada pasión por sacarle provecho al sueño. Ahora, en cambio, rayano el alba, daba inicio a sus abluciones matutinas con una prolongación mayor a la usual. Empezaba el proceso levantándose sigilosa para no despertarme y, aunque mi sueño ligero como una pluma se interrumpía con el despegar de sus ojos, intentaba no hacérselo saber. Luego se dirigía al baño, sus pasos cautelosos y dilatados hacían resonar la madera en ecos majados e inmediatamente después, la puerta, las bisagras oxidadas. Ya dentro del baño se desembarazaba de cualquier cautela, como si la madera hueca pudiese atajar sus gárgaras, el tarareo de aquella deprimente canción o el sobar de la

esponja. Pero eran las tuberías plañideras quienes lograban sacarme del lecho.

Aún así no me quejaba, no fuese yo a pecar de quisquilloso cuando fue por esa misma cualidad melindrosa mía por la cual escapamos de la ciudad en primera instancia. Aparte, era una hora prudente y, ya que me gustaba preparar el desayuno para ambos, aprovechaba para hacerlo. Los huevos, los panes, las naranjas, su pulcritud, su vitalidad, ella, que sufría de artrosis.

Por las tardes paseábamos por el campo y, por alguna razón, mi cuerpo empezó a cansarse antes que el de Josephine. Decía que la mudanza le había hecho bien, que se sentía joven nuevamente y que los dolores articulares que la doblegaron en la escalera, en el pavimento, en su sitio, ya no le molestaban tanto. Para cuando sus padecimientos desaparecieron por completo, también se esfumó mi entusiasmo por las caminatas. Al poco tiempo dejó de insistir en que la acompañase y yo me quedaba solo en casa, viendo televisión.

Sus retornos siempre estuvieron caracterizados por algún comentario del maravilloso clima o de las nuevas especies de flores que aparecían como colocadas por la mano de Dios. Yo le contestaba, una y otra vez, que las flores crecían por un fenómeno natural llamado polinización pero, aún así, ella volvía a lo mismo.

Cuando hube memorizado la programación de los múltiples canales de televisión, Josephine decidió que había llegado el momento de que ella también desarrollase una afición —como si sentarse frente a una pantalla fuese tal cosa— y un buen día volvió con una bolsa marrón rebosante de ovillos de lana. Me contó acerca de su compra, interponiéndose entre yo y un programa sobre la mantis religiosa. Su desconsideración me llevó a darle un primer grito después de once años. Se estremecieron su cuerpo, su rostro. Un sentimiento de culpa se acercó tímido al umbral de mi alma, pero apenas si la rozó. Entonces, con la bolsa marrón pegada al pecho como escudo, se sentó a mi costado. Luego acercóse a tuestas hasta que pudo coger mi brazo y apoyar su cabeza en él, pero ante mi frialdad y mutismo, se alejó con la misma lentitud con que se aproximó, con la esperanza, creo yo, de ser cazada por

mis brazos arrepentidos. Finalmente, le pedí perdón, en nombre de las buenas costumbres que, a veces, sino la mayor parte del tiempo, pesan más que las verdaderas intenciones.

Josephine se despertaba cada vez más temprano y, aunque su considerado intento por no hacer ruido al salir de la cama o al caminar hacia el baño era molesto, no se comparaba con su irritante ingenuidad al pensar que ningún ruido que hiciera traspasaría la carcasa hueca que era la puerta. Las tuberías sonaban cada vez más y en mi ensoñación sentía sus suciedades y excreciones —esos miasmas fétidos— reptando viscosos por entre las venas y arterias de la casa, pero ya ni siquiera me instaban a levantarme, me encontraba agotado.

Pronto se apoderó de mis hábitos, esperándome con el desayuno listo, una sonrisa reluciente cual pompa de jabón. El tintineo de los cubiertos repercutía en la vacuidad de la campiña, su masticar, el mío, el movimiento sobre las sillas, el frotar de nuestros labios contra la servilleta, esa intermitente tosecita con que se aclaraba la garganta. Pero ella sonreía.

Anhelaba sentarme frente al televisor y dejarme hipnotizar por su iridiscente gama de falsedades. Pero un día, ella retornó de su paseo con la noticia de que el frío había llegado por fin al campo. No le importó, más aún, lo tomó como oportunidad para hacerme compañía mientras desarrollaba su habilidad en el tejido. Sentada a mi costado se movía con la inquietud de una adolescente. Aguja contra aguja, un duelo de esgrima en la caverna ecoica de mis oídos. Fue en una de sus sesiones que los músculos de mis párpados fueron poseídos por un molesto tic, empezaron a abrirse y cerrarse sin que yo lo comandase, como si hubiesen adquiri-

do vida propia. Finalmente, llegamos a la conclusión de que la luz de la tele podía haberlo ocasionado.

La mujer era perfeccionista, rasgo que jamás afloró hasta ese momento. Su quisquillosa renuencia a continuar con un trabajo avanzado por el simple hecho de que los colores de pronto se le antojasen abigarrados la llevaba a destejer todo y empezar nuevamente desde cero. Era perturbador, y cada vez que lo hacía, sentía espasmos apoderarse de mi cuello. Pronto, empecé a agitar mi cabeza hacia la izquierda. Ella se preocupó, pensó que era producto del frío y continuó tejiendo, esta vez con más ahínco.

Manos entreveradas con dos anexos metálicos se me aparecían en las noches para transformarse luego en filosas cimitarras que pasaban a formar parte de una descomunal mantis religiosa. Yo escapaba, pero ella siempre me alcanzaba y devoraba, engulléndome hasta sus entrañas. Era inevitable, siempre caía hasta su núcleo oscuro, sobre una superficie blanda. De pronto, un televisor se prendía y la luz me enfocaba echado sobre una cama, la misma sobre la cual despertaba luego, agitado por el despegar de los ojos de la mujer, su levantar y el caminar. Luego los ruidos guturales, el cepillado y las tuberías hechas de excremento, el desayuno, la pompa de jabón, los tenedores, floretes tejiendo una cota de locura en mis ojos, mi cuello y un espasmo recorriendo mi brazo derecho. Odié salvajemente a la mujer y se entumecieron aún más nuestros vínculos afectivos.

La orquesta filarmónica de Nueva York tocaba en la televisión, pero las convulsiones faciales ennegrecían o apartaban mi vista del evento. Decidí cerrar los ojos, al menos así me ahorraría la frustración. Pero como suele suceder,

que al suprimir un canal sensorial los otros se acentúan, el sonido de las benditas agujas aunado al barullo de aquella orquesta empezaron a destajar mis nervios con mayor eficacia que un afilado sable. De pronto —y no sé con qué falta de juicio— la mujer empezó a tararear aquella nostálgica canción ien medio de la cacofonía que ya había! Abrí los párpados hasta sentirlos cincelar ira en mi cráneo, cuando de pronto, otro espasmo en el brazo, desde el hombro hasta la mano.

—Acabé —dijo acercándose a mí con la mirada hueca y un bulto blanco, semejante a un sudario, doblado sobre sus manos.

Y de pronto, la orquesta atacó el habitual *crescendo sostenuto*. Volteé hacia el televisor, doblegado por los tics. Mis latidos al compás del barullo, ansiedad reptante, sudor frío. Los violines arreciaron ásperos sobre mi alma hasta que un escalofrío de cuerdas aciagas recorrió mi espalda entera y volteé nuevamente hacia ella. La vi parada a mi costado, su mirada antes dulce y terrosa desecada en ásperas grietas de arcilla. Fue un instante breve, fue un instante masivo, las agujas incrustadas a su cuello, el gemido de un chisguete de sangre pintando el sudario, su rencor resquebrajando esos ojos de arcilla... esos ojos que me escrutaron hasta el desvanecimiento.

Lancé un grito ahogado y me agaché junto a ella, pero en el acto mi cuello se retorció hasta la médula al ver cómo su sangre bullía sobre el piso inmundado. Cerré los ojos pero estos no permanecieron quietos y la sangre nuevamente en un charco sucio alrededor de mis mocasines bastaron para gestar el violento remecer de mi fisonomía entera.

—iJosephine!

Quise cubrirle los ojos con sus párpados, pero mi brazo epiléptico se sacudió y me hizo caer de bruces dentro del pozo de sangre. Me vi embarrado en el fluido rojo de su propia vida y sucedió: huí. Abrí la puerta crepitante de la casa y corrí, corrí como un perro con el rabo entre las patas. Corrí hasta que de pronto me encontré en aquel campo de alcanfores y lirios, desde el cual caminé y caminé hasta que su olor a vainilla y lavanda desapareció por completo.